

Lisa estaba celebrando su noveno cumpleaños. El sol brillaba sobre un relumbrante cielo azul. Era uno de aquellos fríos días invernales que permiten imaginar lo que sucedería si en algún momento el sol perdiese su fuerza. Hacía casi una semana que se mantenían las frías temperaturas.

'Qué bien que mi cumpleaños sea en invierno', pensó Lisa. 'Probablemente, en verano no se me habría ocurrido nunca pedir unos patines de hielo.'

Seguro que su familia y sus amigas Conny y Tina estarían ahora tomando café y tarta, y terriblemente furiosas con ella. Ciertamente, no era muy cortés dejar solas a sus invitadas en su propio cumpleaños, pero no había resistido la tentación. Quería probarse sus patines nuevos. Además, papá y mamá estaban otra vez de mal humor. Así que, si tenían que comerse la tarta sin la persona que cumplía años, les estaba bien empleado.

Por fin llegó al parque. En uno de los lugares más apartados, bajó deslizándose con cuidado por la pendiente hacia la orilla del lago. Había llegado el momento. Dio un par de pasos sobre el hielo con cuidado. ¡Aguantaba! Se sentó en la orilla y se puso los patines. Primero anduvo con cuidado, atenta a todos los pasos con los que iba deslizándose, por si acaso el hielo crujía. Pero enseguida se sintió segura. El hielo aguantaba, era tan resistente como el pavimento de la calle en verano bajo sus patines de ruedas.

A pesar del buen tiempo, estaba completamente sola en el lago. ¡Era maravilloso! El hielo pasaba volando cada vez más rápido bajo sus maravillosos patines nuevos. Según se deslizaba de cara al sol, la superficie del lago resplandecía como si estuviese sembrado de pequeños diamantes. Lisa extendió los brazos. Sintió el viento frío sobre su rostro. Era como si estuviese volando.

Se hundió sin previo aviso. El hielo no cedió lentamente, simplemente se rompió. No se sumergió de inmediato por pura casualidad. En el momento en que sucedió tenía los brazos bien extendidos.

Casi instantáneamente, se encontró metida en el agua hasta las caderas. Se golpeó con violencia el tronco y los brazos sobre el hielo. Le dolió muchísimo, pero fue su salvación, al menos por el momento. Pero enseguida notó cómo se empapaban sus ropas, cómo se introducía el agua por las cañas de las botas de sus patines, haciéndola más y más pesada y arrastrándola a aguas más profundas. Trató de sujetarse en el hielo, pero sus guantes se deslizaban una y otra vez. Para cuando se dispuso a gritar, el agua helada ya le cubría hasta el estómago. Pataleó, golpeó el hielo con sus brazos como un cachorro de foca desamparado y gritó y gritó.

¿Por qué no la oía nadie? Por lo general, siempre había gente paseando por el lago. ¿Por qué no ahora, precisamente?

Cuando ya sentía cómo la abandonaban sus fuerzas, vio a la mujer. No estaba lejos de la orilla. Lisa volvió a reunir todas sus energías. Gritó tan fuerte como pudo y trató de sujetarse en el hielo con sus guantes, a pesar de saber que aquello no tenía mucho sentido. La mujer la estaba contemplando, Lisa se percató de ello. ¿Por qué no se movía? Estaba allí de pie mirando a Lisa. ¿Por qué no la ayudaba? ¡Tenía que estar dándose cuenta de lo que sucedía! Por fin la mujer se movió. Dio un paso hacia Lisa, volvió a quedarse parada, se dio la vuelta y se alejó.

El cuerpo de Lisa se relajó. De pronto ya no sentía ningún miedo. Tampoco volvió a gritar. Sus brazos yacían agotados sobre el hielo. Sintió el agua penetrando en sus

ropas y cercando su pecho como una pinza helada. Siguió hundiéndose en el lago centímetro a centímetro. Estaba tan cansada... Pronto se dormiría.

-¡Cógete de mi mano, maldita sea! ¡No puedo acercarme más a ti!

Lisa abrió los ojos. El hombre estaba tendido sobre el hielo. Tenía un brazo extendido hacia ella. Lisa sólo tenía que agarrar su mano. Se detuvo a pensar si debía hacerlo. El hombre la sujetó con todas sus fuerzas. El dolor acabó por despertar a Lisa. Trató de impulsarse con las piernas para ayudar a su salvador a sacarla del agua. El hombre, que seguía tendido boca abajo, la arrastró sobre el hielo hasta la orilla. Levantó el chaquetón de plumas que había dejado en la orilla y arrojó con él a Lisa. Sólo entonces, Lisa se dio cuenta del frío que tenía. No podía evitar que le castañeteasen los dientes.

-Dios, ¿cómo se te ocurren estas cosas? -la increpó su salvador-. Hay que ser idiota para ponerse a andar sobre el hielo. ¿Es que no has visto las señales de aviso? ¿O es que no sabes leer? -le temblaba la voz, y a pesar de sus duras palabras sonaba más aliviado que furioso. Tenía los labios amoratados y temblaba casi tanto como ella misma.

Lisa no dijo nada. Tampoco hubiera podido. Su mandíbula castañeteaba como una cigüeña en primavera.

El hombre la envolvió mejor con su chaquetón.

-Tienes que marcharte a casa cuanto antes, o de lo contrario te morirás. ¿Dónde vives?

Lisa señaló con el brazo extendido el lugar en el cual había visto a la mujer.

-Allí -consiguió decir.

-¿Allí? ¿Qué quieres decir con 'allí'? Allí hay un árbol. ¿Acaso vives en la cabaña de un árbol o qué?

Lisa se dirigió cojeando hacia el árbol, en el que había estado la mujer. Aún llevaba puesto uno de los patines, el otro se había quedado en el lago. No podía dejar de pensar en aquella mujer, que no la había ayudado. ¿O no había estado allí? Tal vez se lo había imaginado todo. Tenía que asegurarse si de verdad aquella mujer había estado allí.

Junto al árbol, la nieve estaba pisoteada. Las huellas de pies, que entraban y salían del lugar, estaban claramente marcadas. Así que era cierto que había estado allí.

-¿Qué ocurre? -gritó el hombre, quien al principio se había quedado de pie junto a la orilla del lago, pero ahora se dirigía también hacia el árbol. Al parecer quería ver lo que estaba buscando allí-. ¿Te has dejado algo?

Lisa se dio la vuelta con la intención de regresar junto a él. Entonces vio la marca en la nieve. Era un círculo. No estaba cerrado del todo. No sabía lo que significaba. A pesar de ello, en cierto modo le resultó conocido, como si ya lo hubiese visto alguna vez.

-Probablemente las pisadas son de la mujer que vi -dijo el hombre, mientras contemplaba fijamente la extraña marca-. Ha subido desde el lago por el terraplén

corno enloquecida. Traté de llamarla, pero ya se había marchado. No obstante, en cierto modo te ha salvado la vida, porque de no estar ella, yo no habría mirado hacia donde tú estabas -tomó a Lisa por el brazo-. Vamos, ahora te llevaré a casa.

*Flora estaba celebrando su quincuagésimo cumpleaños. A un extraño le habría parecido tan desconsolador como tantos otros cumpleaños de años anteriores. Pasó aquel día sola.*

*Hacía muchos años que ya no mantenía ningún contacto con los miembros de su familia que aún vivían. No le interesaba lo más mínimo lo que habría sido de ellos. Según recordaba, la última vez que había sentido algo auténtico por uno de ellos, había sido en el lecho de muerte de su madre. Además, ella había sido la última con la que había mantenido una relación personal. Precisamente con ella, que había hecho de su vida un infierno.*

*Su madre la tomó de la mano. Flora apenas recordaba ya el tiempo que hacía desde la última vez que había hecho una cosa así.*

*-Has conseguido llegar tan alto, hija mía -le había dicho-. Y a pesar de ello nunca te he visto feliz de verdad.*

*Flora no hizo ningún comentario. ¿Qué podría decirle a una mujer que había sido desgraciada durante casi toda su vida? Sólo que Flora no había cometido el mismo error que su madre. No se había dejado dominar por sus depresiones y su agresividad. Aprendió a reprimir sus sentimientos, hasta olvidarlos. Ahora solo se dejaba guiar por su sentido común. Este nunca la había decepcionado. Gracias a él, y en eso su madre tenía razón, había llegado muy lejos.*

*Ya entonces era la catedrática de Física más joven, con diferencia. Aquello le había proporcionado la oportunidad de concentrarse por completo en sus investigaciones. Delegaba el trabajo con los estudiantes en sus ayudantes, con los cuales hablaba exclusivamente de cuestiones profesionales. De ese modo había creado su propio mundo aparte, un mundo que obedecía únicamente a la inteligencia y a las leyes de la física. Y haría uso de aquella inteligencia. Demostraría que el destino de una persona, que el destino de toda una familia no era producto de la casualidad. El destino podía planearse, itan sólo había que alejar las causas de la adversidad!*